

FALTA UN CHICO, ¿TE VIENES?

LUIS CARANDELL

NO es seguro que tú seas tú, yo sea yo o nosotros seamos nosotros. La moderna urbanidad impone la desaparición de las personas, que se hacen cómodamente intercambiables. Sigue habiendo nombres y apellidos, pero estos no designan personas sino solamente valores sociales que obtienen una mayor o menor cotización en el mercado. Si te pones exigente y pretendes que te inviten solo por ser tú, sin más títulos, terminarás quedándote fuera del salón. El refinamiento en materia de relaciones públicas consiste en tener constantemente en cuenta la etiqueta que cada cual lleva en la frente sin que esto se note mucho.

Allá por los años cuarenta podían recogerse ya los primeros síntomas de esta despersonalización. Era una época más personalista en que la gente tenía amigos de los que no esperaba ningún favor, ningún contrato, quizá porque había muchos menos contratos que repartir y el amigo estaba obligado solamente a escuchar y a prestarle a su amigo veinte duros, todo lo más, para celebrar el sábado.

Y con todo, fue entonces cuando se inventó la frase que luego se convertiría en la regla de oro tácita de la moderna urbanidad. Te encontrabas a unas amigas que te invitaban a un guateque diciéndote: «falta un chico, ¿te vienes?». No era necesariamente un chico el que faltaba. También podían faltar chicas y eso dependía de quien era el organizador u organizadora del guateque. Si eran «unas chicas» las que lo organizaban tenían tendencia a llevar a la fiesta mayor número de chicos, de modo que cuando te decían que faltaba un chico, en realidad ibas de chico sobrante para asegurar que todas las amigas

bailaran. Si era un chico el organizador, entonces rellenaba el guateque con chicas que, automáticamente se volvían menos exigentes de lo que hubiesen sido en caso contrario.

La sensación de ir de chico o chica que falta no ha hecho más que incrementarse con el paso de los años desde el ya lejano invento de la intercambia-

bilidad de las personas. De tal manera que hoy nos parece casi inocente pedirle a la amiga que traiga a otra amiga para un amigo que está de non. Los agentes de relaciones públicas en que nos hemos ido convirtiendo miran mucho, no solamente los chicos y chicas que faltan o sobran en la fiesta sino también las celebridades que de nin-



RAMÓN RODRÍGUEZ



En política se da a menudo la situación del chico que falta o sobra: los gobiernos que se forman después de las crisis se estiran o se encogen según los chicos que sobran o que faltan, o al revés. En las fotos: arriba, de izquierda a derecha, Martín Villa, Fernández Ordóñez y Tamames, telefoneando, en las Cortes; abajo, diputados en el bar del Congreso.

guna manera pueden faltar y que son tan intercambiables como lo fueron los chicos o chicas que faltaban entonces.

Hubo un tiempo, en los Estados Unidos, después del asesinato de Martin Luther King y de los disturbios raciales, en que se puso de moda tener a un negro en su fiesta. El negro, no hay que decirlo, iba de negro y debió haber muchas fiestas en las que, hasta el último minuto, faltó un negro que llevarse al guateque. En la misma medida podía y puede hoy faltar un comunista, un célebre escritor, un violinista, un cojo, un catalán, una eminencia médica.

Siempre debió sentirse, a lo largo de la historia del salón, la necesidad de componer las reuniones con representantes intercambiables de influyentes estamentos. Nunca, sin embargo, se había hecho esto de una forma tan organizada. En las fiestas y reuniones, todo el mundo va de algo. «¿Y tú de que vés?», llega a preguntar la gente a una persona difícilmente clasificable en el etiquetaje social. Hubo un tiempo en que se podía ir de progre, de abogado laboralista, de cura majo, pero estos valores están en baja y hoy es mucho más apreciado ir de liberal, de militar constitucional, de refinado gastrónomo, de explorador transahariano. Una de las formas más curiosas de ir, socialmente hablando, es ir «de malo». El malo es uno que está en profundo desacuerdo con las ideas del anfitrión y no se recata en decirlo. Si va, es para demostrar lo muy liberal que es su invitador.

En política se da muy a menudo la situación del chico que falta o sobra. Los gobiernos que se forman después de las crisis se estiran o se encogen según los chicos que sobran o que faltan, o al revés. Hay veces que los presidentes del Gobierno no encuentran a nadie para llenar un puesto, debido a lo imposible que lo ha dejado el saliente. Entonces hay que recurrir a una persona con la suficiente abnegación para que pueda decirsele, «oye, falta un chico para tal Ministerio, ¿te vienes?». Otras veces, hecha la lista, se ve que hay un hombre de una determinada tendencia que no estaba representada y, entonces, hay que decirle al que en ese momento ocupa el cargo, «mira, Manolo, eres una de las pocas personas en las que puedo confiar. Y necesito que abandones el Ministerio». Manolo, el sobrante, sale con la impresión de haber rendido un gran servicio a la comunidad.

Lo ideal en relaciones públicas es que sobre de todo. En las crisis políticas, como en los premios literarios, siempre se procura arropar al que va a salir ganador con nombres de gran empaque a fin de que su nombramiento resulte más lúcido. A estos candidatos de antemano desechados se les llama, se les dan indicios que les permitan creer que podrán ser elegidos. Suelen ir muy contentos a probar suerte y sólo se arrepienten cuando ya es tarde.

En relaciones públicas, lo importante es llenar huecos y no puede haber reunión en que los huecos no estén llenos, del mismo modo que en el mundo de las publicaciones no puede haber espacios que no sean llenados. El relleno social por excelencia son las chicas. En las fiestas se las ve, muy puestas y muy tristes, llenando huecos en el salón. Los chicos, como relleno, son más selectivos. Hay relleno de escritores, relleno de políticos, relleno de famosos. Pero rellenar como las chicas, nada. Así, cuando más privado se hace el mundo, cuando más lustre se da a los apellidos, cuanto más se aprenden los nombres de pila y se intenta recordar los gustos de la gente, sus manías, los artículos que ha escrito, los cargos que tiene o ha tenido, menos cuentan las personas. Ni tú eres tú, ni yo soy yo, ni nosotros somos nosotros. Simplemente, vamos de relleno. Y ni siquiera aspiramos ya a ser personas. Nos contentamos con ser encantadores. ■ L.C.